

LA MODA

POR MONTSERRAT ROMAÑA



A moda, eso que nos interesa tanto a las mujeres, que tanta curiosidad despierta en el mundo cada temporada, es un plato que se guisa siempre a destiempo. Cuando estamos en plena canícula, hace un sol de plomo y el aire, si sopla, nos recuerda más el Sáhara que otra cosa; las grandes casas creadoras de modas lanzan sus invitaciones y todas las tardes, durante horas, las muchachas modelos pasan vestidos de lana, abrigos de piel y todas las prendas calientes y abrigadas que lucirán las mujeres en los días más crudos del invierno. En cambio, cuando días pasados marcaba el termómetro en París, a la hora más templada del día, ocho grados bajo cero, los grandes modistos, rodeándose hasta última hora del mayor secreto, anunciaban ya la presentación de sus grandes colecciones de verano. A su primer desfile de modelos, que se realiza siempre con gran solemnidad, asisten solamente periodistas, compradores de grandes casas europeas y americanas y algunas clientas escogidas. Esas invitaciones son muy envidiadas, porque durante quince días o tres semanas, exactamente hasta el día 26 de febrero, periodistas y demás asistentes a estas primeras presentaciones deben comprometerse a no publicar ni una sola fotografía, ni un diseño de los nuevos modelos. Se pueden escribir artículos sobre las nuevas tendencias en general, pero sin particularizar. Hay en las salas de presentación una policía secreta

que vigila escrupulosamente a presencia de máquinas de fotografía miniatura, de pequeños lápices, ocultos entre los dedos, que con dos trazos podrán recordar a la salida la idea original o atrevida que hace la elegancia de un vestido; todo esto está escrupulosamente vigilado y muy castigado, aunque en verdad la paternidad y exclusividad de un modelo hoy día les dura poco a las grandes casas. A las dos semanas de desaparecer el secreto profesional surgen en todas partes imitaciones, y la nueva línea o, mejor dicho, una de las nuevas líneas se impone; de suerte que la frase que Oscar Wilde ponía en boca de uno de sus héroes: «La moda es lo que no lleva nadie», ha dejado de ser verdad.

¿Es que la moda varía mucho todos los años? No. En realidad, son dos los modistos creadores, a cuyas ideas, poco más o menos, se ajustan los demás, y esas dos casas, Dior y Balenciaga, francés el uno, español el otro, cada cual en su estilo peculiar, van desarrollando año tras año una línea determinada. Cuando hace tres veranos presentó Dior unas toreras muy cortas sujetas debajo del pecho y fruncidas desde los hombros, empezó la línea que culminó el verano pasado en la llamada línea tulipa, y cuyo secreto consistía en la pinza de pecho que terminaba bifurcándose en su parte alta, y que derivó este invierno hacia unas mangas que se ensanchaban en su encaje con el hombro, lo que no era sino otra forma de hacer esa misma línea. Por eso se